

Carlo Greppi

El hombre que salvó a Primo Levi



CRÍTICA

CARLO GREPPI

EL HOMBRE QUE SALVÓ
A PRIMO LEVI

Traducción castellana de
Lara Cortés

CRÍTICA
BARCELONA

LOS ÚLTIMOS

[...]

Hablo para vosotros, compañeros de un camino
denso, no exento de fatiga,

y también para vosotros, que habéis perdido
el alma, el ánimo, las ganas de vida.

O para ninguno, o para alguno, o quizá solo para uno, o para ti,
que me estás leyendo: recuerda aquel tiempo,
antes de que se endureciese la cera,
cuando cada uno era como un sello.

De nosotros cada cual lleva la huella,
del amigo encontrado por la senda;
en cada uno, la traza de cada uno.

[...]

PRIMO LEVI, «A los amigos», 16 de diciembre de 1985¹

Los Tacca del Burgué¹

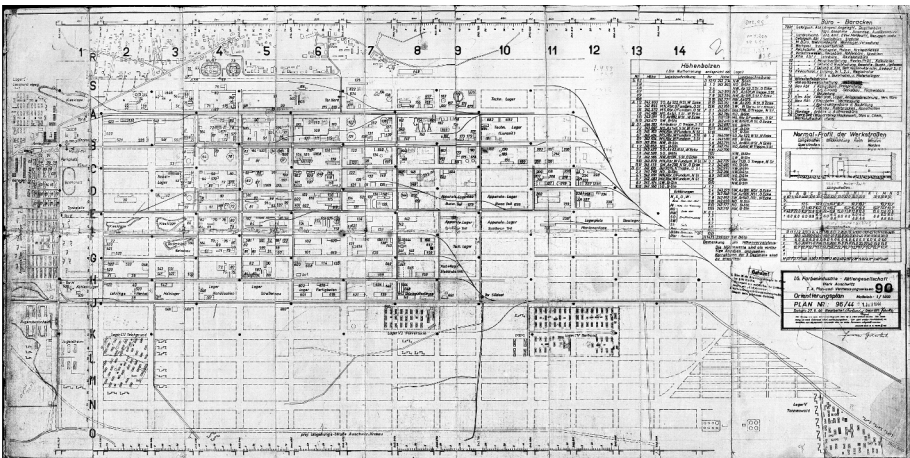
I

Cuando conoció al prisionero número 174.517, Lorenzo estaba levantando un muro junto con otro tipo de la empresa en la que trabajaba, también de lengua italiana, y, como era de esperar, pese a los golpes que le había dado la vida —o tal vez precisamente por ellos, como veremos más adelante—, incluso en aquel lugar, allá arriba, «los hacía [los muros] derechos, sólidos, con ladrillos bien ensamblados y con todo el hormigón que se necesitaba; no por acatar órdenes sino por dignidad profesional»: son palabras de Primo Levi en *Los hundidos y los salvados*.² Cuando Lorenzo, que había llegado desde el Burgué —como se llama al casco antiguo de Fossano—, vio por primera vez a aquel menudo turinés, no se planteaba qué ni quién se beneficiaba de que él estuviese trabajando como un mulo: un bombardeo aliado acababa de sacudir aquel «desmesurado enredo de hierro, de cemento, de barro y de humo»³ que era la «Buna», el gran proyecto de la empresa Interessen-Gemeinschaft Farbenindustrie AG —más conocida como I. G. Farben— creado en Monowitz, a seis kilómetros de Auschwitz I. Tras avanzar en zigzag entre los escombros, que crujían bajo el cuero de sus zapatos de trabajo, llegó junto con su compañero y compatriota

a la zona en la que se encontraba la maquinaria más valiosa y se dispuso a protegerla mediante tabiques altos y sólidos, sin darle demasiadas vueltas a la cabeza.

Estaba colocando ladrillos, subido en un andamio, en silencio, y aquel prisionero 174.517, que, como descubriría más tarde, se llamaba Primo y tenía su número tatuado en el brazo izquierdo —un *Häftling* (un prisionero) del montón, un preso casi invisible, respirando a duras penas entre las dentelladas del hambre—, se encontraba debajo. En un momento dado, Lorenzo le habló en alemán para advertirle de que «quedaba poca argamasa» y ordenarle que les subiera la herrada.⁴ Aquel tipo enclenque de veinticuatro años que hasta ese momento aún era simplemente un número trató de abrir las piernas, agarrar el asa del cubo con las dos manos, levantarlo, imprimirle una oscilación hacia atrás, aprovechar el impulso pendular para impulsar la carga hacia delante y, a continuación, ponérsela sobre el hombro. Pero el resultado fue, como poco, patético: el cubo volvió a caer al suelo y la mitad de la argamasa se derramó. En lugar de soltar una carcajada, Lorenzo pronunció cinco palabras, las primeras del capítulo más importante de esta historia, que —no es difícil imaginarlo— se quedaron resonando en la cabeza de Primo durante las interminables horas de aquel día de principios del verano de 1944,⁵ que cabe fechar entre el 16 y el 21 de junio, periodo en el que saltaron las alarmas en la zona occidental de la Alta Silesia, que llevaba meses sufriendo bombardeos sistemáticos en incursiones cada vez más intensas.⁶

«Claro, con gente como esta...»,⁷ comentó Lorenzo mientras se disponía a descender desde el punto en el que se encontraba para colocarse al mismo nivel que la argamasa derramada, que ya se estaba solidificando entre los escombros del taller desmoronado bajo las bombas de los Aliados, esos Aliados que atacaban las instalaciones industriales —y después fotografiaban desde el cielo el «planeta Auschwitz»—, pero no se preocupaban por liberar a los prisioneros de la condena del gas.⁸ ¿A qué se refería con aquello de «gente como esta»? ¿Estaba aludiendo a los «esclavos de los esclavos»,⁹ al «esca-

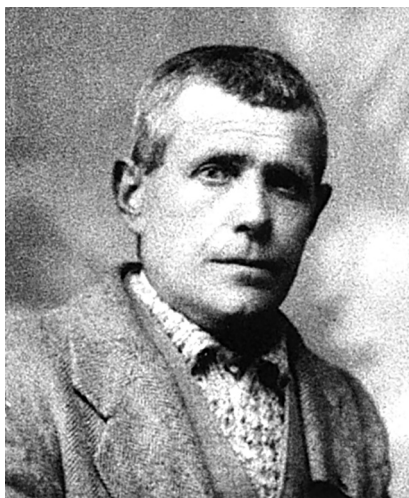


lafón más bajo» de la jerarquía de Monowitz,¹⁰ o hablaba más bien de esos burgueses que eran incapaces de sujetar un cubo de argamasa, privilegiados hasta el momento en que entraban en aquel mundo al revés, convertidos desde ese instante en los últimos de los últimos? La leamos como la leamos, esta frase rezuma desprecio o conmiseración. Es el propio Levi quien lo dice. Y, al mismo tiempo, constituye, a su vez, un cortocircuito: quién sabe cuántas veces —supongo que no pocas— alguien se la había dirigido al propio Lorenzo. Él, como veremos más adelante, era un desgraciado, un alcohólico, un pendenciero. Pero también una persona que hacía bien su trabajo. Sin embargo, de «gente como esta» uno no debe fiarse. Lo que hay que hacer es explotarla hasta que, con cuarenta años, empieza a perder fuerza y concentración. Después, cuando deja de servir, se desecha.

En cualquier caso, considerando el desastre que había provocado aquel peón 174.517, el primer impacto entre ambos no debió de ser, desde luego, positivo. Sin embargo, Primo Levi llamó la atención de Lorenzo por su curiosa reacción al oír que hablaba italiano, después de aquella tosca orden formulada en un pésimo alemán, y que lo hacía, además, con un clarísimo acento piamontés. Eso abrió una grieta en aquella especie de encantamiento en el que quedaban atrapados todos los seres humanos del lugar, en ese universo ferozmente grotesco que era el campo de concentración. Lorenzo sentía especialmente cercana a aquella mano de obra masculina no cualificada y eso podía bastar, aunque lo cierto es que a menudo no era suficiente. Si bien algunos presos de otras nacionalidades habían tenido ocasión de establecer contacto con el mundo exterior, por ejemplo a través de los trabajadores forzados del Servicio del Trabajo Obligatorio de Francia,¹¹ para los civiles —incluidos los empleados como Lorenzo, claro está—, los esclavos eran «intocables», y debían seguir siéndolo, fuesen cuales fuesen las circunstancias: «Los civiles, más o menos explícitamente y con todos los matices que hay entre el desprecio y la conmiseración, piensan que por haber sido condenados a esta vida nuestra, por es-

tar reducidos a esta condición nuestra, debemos estar manchados por alguna misteriosa y gravísima culpa»,¹² recordaría Primo Levi.

¿También pensaba eso Lorenzo en el momento en que lo descubrió? No lo creo, porque él no se dedicaba a repartir culpas a la ligera: sabía que quienes están encadenados son casi siempre los pobres, mientras que el poder puede cambiar de zapatos cada tres semanas. Además, no sé nada de aquello que pudo haber dicho en las horas siguientes y considero imposible que algún día llegemos a saberlo. Pero intuyo algo de su personalidad gracias a un discreto número de fuentes y por eso me atrevo a aventurar la hipótesis de que ni siquiera en los dos o tres días posteriores trató de establecer un diálogo con Levi: lo más probable es que se quedase rumiando sus pensamientos, con una mirada entre perdida y hosca, indescifrable, como la que se adivina en las fotografías suyas que han llegado hasta nosotros. Si no me equivoco, son tan solo dos. La primera la veremos dentro de poco; la otra es esta:



¿Despreciaba a aquel hombre casi desmayado, moribundo? ¿Sentía conmisericordia hacia él? ¿Lo temía? Da la impresión de que casi experimentaba la inquietud que había surgido ya en 1938, tras la aprobación de las leyes raciales, y que Primo Levi describió

en *El sistema periódico*, en 1975, donde evocó aquel primer «relámpago, minúsculo pero perceptible, de desconfianza y recelo. ¿Qué piensas de mí? ¿Qué soy para ti yo?». ¹³

Todavía hoy —y siempre— tienen vigencia estas descripciones de Levi, que supo tejer sabiamente las palabras y los conceptos adecuados para entender la mente humana. Así se refiere precisamente a la mirada que los trabajadores civiles dirigían a los «esclavos de los esclavos», a los prisioneros judíos que, más adelante, distribuidos en columnas perfectamente ordenadas, vestidos con andrajosos uniformes de rayas y ataviados con gorras, iban a trabajar a la Buna (si es que cabe aquí hablar realmente de un «trabajo»):

Nos oyen hablar en muchas lenguas diferentes que no comprenden y que suenan a sus oídos grotescas como voces de animales; nos ven innoblemente sometidos, sin pelo, sin honor y sin nombre, golpeados a diario, más abyectos cada día, y nunca descubren en nuestros ojos una chispa de rebeldía, de paz ni de fe. Nos saben ladrones e indignos de confianza, enfangados, andrajosos y hambrientos y, confundiendo el efecto con la causa, nos juzgan dignos de nuestra abyección. ¹⁴

Al fotografiar el momento en el que esta historia comenzó a convertirse en algo más que un renglón de algún archivo sepultado, y en la medida en que sea posible intentar unir en un único trazo los kilómetros que Lorenzo recorrió con la cabeza gacha desde su infancia hasta ese instante en el que su mirada trató, en cambio, de dar un sentido y vagó en busca de las palabras adecuadas para transmitirlo más tarde, habría que empezar por admitir que en las vidas vagabundas, tal vez en mayor medida que en las demás, es el azar quien juega las mejores cartas. Se impone, pues, una imagen: Lorenzo y Primo pertenecían sencillamente a «dos castas distintas» ¹⁵ y, con la misma sencillez, podrían no haberse mirado nunca. Ni en su vida anterior, primero, ni, ya más adelante, allí donde el privilegio constituía la clave de bóveda del día a día, en términos diametral-

mente opuestos: Primo estaba destinado a morir si no era capaz de ingeniárselas a cada minuto; Lorenzo, a vivir si no se metía en líos.

La posición de superioridad en la disposición espacial de aquel momento y en la jerarquía del campo de concentración, en ese largo periodo que habían vivido a corta distancia sin ser conscientes cada uno de ellos de la existencia del otro, era, por decirlo así, una justa compensación, consideradas las trayectorias que había seguido cada cual en el mundo de antes y en el de después. Mientras que en 1944 el privilegio se encontraba en el suelo que Lorenzo, que hasta entonces tanto polvo había mordido, pisaba ahora, el prisionero 174.517, Primo Levi, que en su vida ya desaparecida había sido un burgués poseedor de una pequeña fortuna, un químico recién salido de la universidad, era, en el fondo de su alma humana, allá arriba, tan esclavo como otros miles de personas más. Y, como otros 11.600 trabajadores de la I. G. Farben en aquel año,¹⁶ realizaba todo tipo de agotadoras tareas para construir la Buna-Werke, la fábrica de productos químicos de aquel campo. Pero a menudo el trabajo de él, de ellos, se trataba de una actividad «sin objetivo»,¹⁷ un esfuerzo destinado a agotar cualquier fibra vital, hasta provocarles la muerte. Daba igual que lloviese a cántaros o que nevase delicadamente, que el viento se llevara con él las cenizas o que el sol casi diese la impresión de ser capaz de reavivarlas: él, como otros miles de personas, paleaba, enterraba, levantaba, tiraba, clasificaba, reunía, hasta que sus venas y sus arterias estaban a punto de explotar, y si no conseguía continuar, recibía un palazo en la cabeza, asestado por un *Kapo* o por cualquier otro superior. El poder andaba del revés, y aquello que nos hace humanos y nos convence de que seremos capaces de evitar doblegarnos estaba destruido. En cualquier caso, aquel día Primo no pidió ayuda a Lorenzo, supongo que porque, en la época de los hechos —el verano de 1944—, no tenía «una idea clara de la manera en que vivían estos italianos, ni de su eventual disponibilidad»,¹⁸ sobre todo de quienes en el mundo de antes habían sido unos desgraciados, pero allí se mantenían en la superficie, mientras él se iba hundiendo

junto con otros miles de pordioseros de la historia y en la historia misma. Y, sin embargo, bastaba un puñado de palabras, insignificantes en la balanza del lenguaje común, para romper el sortilegio y quebrar las cadenas del contagio del mal:¹⁹ así es como «se embotan las armas de la noche»,²⁰ diría, con su sabiduría, Levi.

Aunque es cierto que Lorenzo dosificaba muy bien las palabras, después de aquel malentendido inicial y torpe, pronunció estas otras:

—Mira que, si hablas conmigo, te vas a poner en peligro —le advirtió Primo.

—Me da igual —le respondió Lorenzo.²¹

2

Un albañil, uno que de verdad sepa hacer su trabajo, construye.

No necesariamente tiene una visión de conjunto, esa que, en cambio, sí posee quien lo dirige, quien le da órdenes. Pero él hace su parte. La visión de conjunto suele obtenerse al final. O, al menos, así debería ser. Me atrevería a lanzar la hipótesis de que Lorenzo fue una de las pocas personas en la historia que han tenido esa visión desde el principio, pero resulta imposible encontrar pruebas y es difícil también localizar a alguien que pueda decir que lo conoció de verdad.

Era un hombre de pocas palabras Lorenzo.²² Y siempre tenía que marcharse. En los años treinta, desde 1935 o desde 1936, según sus familiares, atravesaba el puerto de montaña Colle delle Finestre rumbo a Francia para trabajar ilegalmente,²³ cruzando la frontera de forma clandestina junto con otros desgraciados como él —con callos en las palmas de las manos y los pies endurecidos y arrugados de tanto caminar— y como su hermano mayor, Giovanni, que apenas le llevaba dos años: un hombre de mirada suave y cabello abundante,²⁴ que iba a su lado, caminando a paso ágil, por las rutas del contrabando.²⁵ Podía ocurrir que caminasen una semana sin parar: así

funcionaba.²⁶ Casi me parece estar viendo a los contrabandistas con los que Lorenzo y Giovanni compartían ciertos tramos del camino, lanzándoles algunas palabras en dialecto piamontés: *'ndôma* (¡vamos!), *'mpresa* (¡deprisa!), en definitiva, las sílabas rituales, las que revolotean sobre quien avanza con la cabeza gacha, ahorrando energía para el trabajo que lo está esperando al otro lado de la línea trazada por los seres humanos sobre un mapa. En estas rutas, en las que uno podía ser tanto trabajador transfronterizo como contrabandista, según las circunstancias, y la diferencia entre regulares e irregulares, entre ilícito y lícito,²⁷ era muy difusa, había personas de todas las edades que se desplazaban desde Francia hasta Italia y hablaban la misma lengua: la de los abandonados del mundo, los condenados de los montes, que se desloman trabajando bajo el sol y bajo la lluvia torrencial por un plato de gachas con queso, pero que, cuando hay que acostarse con el estómago vacío, saben hacer rápidamente de tripas corazón. Con toda seguridad, su hermano Giovanni, al que llamaban «Barba Giuanin»,²⁸ se movía desde agosto de 1931 por Francia,²⁹ donde vivía su tío, «Jean».³⁰

Iban a la Costa Azul, «donde nunca faltaba trabajo», como recordaría Levi.³¹ Probablemente a Tolón³² u otros núcleos habitados del suroeste francés, y más en concreto a Embrun, un municipio situado a unos sesenta kilómetros de la frontera en el que, cuando el Giro de Italia pasaba por el puerto de montaña Colle della Maddalena, los ancianos del lugar aprovechaban que en ese momento los controles se relajaban y subían en taxi a saludarlos y tal vez a beber una o dos copas. Así me lo contó, en enero de 2020, Beppe, sobrino de Lorenzo, hijo de otro de sus hermanos (Michelle, ocho años más joven que el propio Lorenzo),³³ que me explicó que cada categoría poseía su propia jerga: sería absurdo imaginárselos hablando allí en italiano estándar; en su lugar, utilizaban su críptico *magüt*, el lenguaje de los albañiles.³⁴

A la hora del almuerzo, Lorenzo sacaba su gamella de aluminio,³⁵ dos huevos, una botella (*buta*, en el dialecto local) de vino tinto y unos mendrugos de pan y bajaba el mentón hacia su cuerpo impo-

nente de hombre ya anciano (aunque por aquel entonces tuviese entre treinta y uno y treinta y cinco años). La cuchara de madera parecía una prótesis de sus brazos y su tronco daba la impresión de estar anclado a la tierra: un buen mozo de piel coriácea propia del Burgué, el barrio del casco antiguo de Fossano en el que vivían los albañiles y los pescadores —los *pescau*—,³⁶ que se ganaban el pan en el río Stura, acribillados por mosquitos gordos como conejos. El Burgué era justo como podemos figurárnoslo hoy: basta con que nos esforcemos un poco para recuperar un imaginario de una realidad arcaica que, con fatiga, se asoma a la modernidad, y con que nos ayudemos de las fotografías de principios del siglo xx.³⁷ Todas las puertas abiertas,³⁸ sillas carcomidas dispuestas junto a una pared en ruinas, encajando el viento y el hielo y también el buen tiempo del fin de semana, cuando el cielo lo concedía. Jornadas que empiezan en plena oscuridad y que terminan cuando aún queda algo de claridad, para quienes consiguen volver a casa a dormir. Hoy todo es distinto, pero aún se advi-



nan las huellas de aquel viejo barrio, entre paredes con pintura renovada, calles con nombres antiguos y números de casas que, con el tiempo, han ido aumentando.

Lorenzo vivía aproximadamente a un kilómetro del lugar en el que se tomó la primera de estas fotografías, y a pocos metros de donde se hizo la segunda, concretamente en *via* Michelini, números 4³⁹ y 6,⁴⁰ que hoy corresponden al número 12:⁴¹ tres habitaciones para ocho personas, una para trapos viejos y chatarra y otra para el mulo y el carro, como explicó Carole Angier, biógrafa de Levi, que hace veinticinco años consiguió



entrevistar a tres de sus parientes, entre ellos el propio Beppe.⁴² Por la noche, los hombres criaban anguilas en los diques y pescaban en el río Stura con redes y sedal. Al amanecer, las mujeres cargaban aquel maná en carros y vendían el fruto de su arduo trabajo a gente tan pobre como ellos. «Se hacía lo que se podía, se vendía lo que se hacía»⁴³ y se intentaba no meterse en líos, exceptuando algún que otro altercado de cuando en cuando para experimentar la propia mortalidad, tal vez, o para olvidar el hambre. En el Burgué —como aún hoy, noventa años más tarde, lo recuerdan con nostalgia mal disimulada los vecinos del lugar— todos los hombres eran pescadores, hojalateros o albañiles,⁴⁴ como Lorenzo y Giovanni, y volvían a dormir al Burgué, en aquella Fossano que no vería asfaltadas sus principales calles hasta 1936.⁴⁵ Cuando los dos hermanos pasaban entre las casas, en las que por aquel entonces jamás se veía la luz del sol —ya que delante de ellas se levantaba el cuartel Umberto I,⁴⁶ hoy desaparecido—,

con esa mirada sobre el polvo o sobre el barro que siempre tienen aquellos que nada poseen, alguno que otro se apartaba diciendo «aquí están los gigantes», según me cuenta Beppe.⁴⁷ «Aquí están los *Tacca*», los camorristas.⁴⁸

3

Lorenzo era el segundo. Sus padres —Giuseppe y Giovanna Tallone, que se casaron en 1901—⁴⁹ vivían de la chatarra y de los trapos viejos,⁵⁰ aunque sus profesiones oficiales eran «albañil» y «operaria».⁵¹ Tenía otros dos hermanos hojalateros: Michele, padre de Beppe, y Secondo, que, pese a su nombre, era, en realidad, el cuarto y último de los hijos varones. También tenía dos hermanas, Giovanna y Caterina.⁵² Esta última, que se quedó «solterona», se iría a vivir más adelante con él y con Giovanni, Barba Giuanin.⁵³ Todos en el antiguo barrio de pescadores de Fossano los llamaban los *Tacca*, probablemente porque eran unos camorristas, aunque ya se sabe que los apodos toman vida propia y con el paso del tiempo se acaba olvidando por qué surgieron, sobre todo en las parábolas familiares, que hacen cualquier cosa con tal de pasar ocultas a los ojos de quienes registran aquello que merece la pena ser contado, con las naturales dispersiones de la historia. El primero al que se endosó este mote debió de ser Giuseppe,⁵⁴ pero tal vez la historia es aún más antigua.⁵⁵

Todos los varones de la familia, incluido *Tacca el tulè bel*, es decir, Michele, «el Bello Hojalatero»,⁵⁶ eran poco habladores, y habían heredado esta característica de su padre, «encerrado en sí mismo y víctima de oscuras depresiones», según Angier. El retrato fotográfico que aún puede verse hoy en su tumba muestra una mirada hosca: el ceño visiblemente fruncido, el bigote descuidado, los ojos gélidos. Es difícil imaginar que por aquel rostro pudiera asomarse una sonrisa.⁵⁷

Giuseppe era un padre «brutal y tiránico, peleón y violento

cuando se emborrachaba»,⁵⁸ un «padre patrón»,⁵⁹ y la infancia de Lorenzo, Giovanni y todos los demás de la camada vino acompañada de una avalancha de patadas. Primero las recibieron en casa y después, como lo más natural del mundo, las propinaron⁶⁰ fuera de la «Pigher», como se conocía a la taberna Pigrizia, frecuentada por pescadores y albañiles,⁶¹ ubicada en la confluencia entre *via* Don Bosco y *via* Garibaldi,⁶² a pocos pasos de su casa, y que lleva ya años cerrada.⁶³ El edificio actual en el que se encontraba no tiene ni de lejos el aspecto de la época: la fachada está pintada de color rojo arcilla y las cuatro arcadas entre las que se reunían Lorenzo y aquella humanidad corpulenta y pependenciera hoy están relucientes. Casi reluce también la placa que, en la esquina, reza «Terziere del Borgo Vecchio - Via del Borgo Vecchio», embelleciendo así la imagen de una época antigua que se muestra más redondeada de lo que era en realidad. A veces, el paso del tiempo nos habla a voz en grito; otras, en cambio, lo silencia todo. La familia de Luisa Mellano, presidenta de la sede de la Asociación Nacional de Partisanos de Italia (ANPI) en Fossano y bisnieta del mítico partisano Piero Cosa,⁶⁴ vivía en aquella época frente a la Pigher, y su bisabuelo, de oficio pescador, como decenas de hombres más, se pasaba allí la vida bebiendo, según me cuenta ella. En invierno se abrigaban con esclavinas, usuales en aquella época.⁶⁵ Podemos imaginárnoslos, replegados sobre sus hígados, en noches interminables aderezadas con protestas entre dientes y blasfemias, en aquellos lugares a los que van a recuperar el aliento quienes, a lo largo del día, tienen que machacarse para poder permitirse una o dos comidas calientes. A veces entre ellos había incluso sacerdotes.⁶⁶ Supongo que aquellos hombres corpulentos, envueltos en sus esclavinas, decían, tal vez citando literalmente la letra de *I Mònarca*, una canción popular de Fossano de 1870: «*Sòma busse 'n po' 'd barbera*», vamos a beber un poco de vino elaborado con uva *barbera*, y así la cogorza general («*una ciôca general*») estaría garantizada.⁶⁷

Los Tacca solían permanecer callados, quizá en parte por lo mucho que bebían ambos, es decir, Lorenzo y su hermano Gio-

vanni, que lo acompañaba por los montes, quemando suelas y fronteras. ¡Y vaya si bebían esos dos! Probablemente incluso desde que eran niños,⁶⁸ aunque legalmente les estuviese prohibido.⁶⁹ Todos eran como su padre, aun cuando su verdadero padre era la necesidad, que les resultaba tan familiar como el color negro acre del vino que marcaba el ritmo de sus estaciones.

4

Por lo que sabemos, Lorenzo se ganaba la vida de muchas maneras: el pensamiento que se imponía sobre cualquier otro era siempre o casi siempre el de salir adelante, y en aquella época se compraba y se vendía de todo. Los pactos se cerraban con una cifra susurrada y un apretón de manos (en el dialecto local, si «*truciavu la man, 'l cuntrat era fat*», como cuenta un campesino en *Il mondo dei vinti*, de Nuto Revelli).⁷⁰ Siguiendo los pasos de su padre, desde niño Lorenzo, siempre junto a Barba Giuanin, solía convertirse en un improvisado *feramiù*, es decir, en chatarrero: arrancaba la parte inferior de los canalones, fabricada en hierro fundido, y después se asomaba a la ventana de su casa, en la planta baja, para vendérsela a todo el que pasara.⁷¹ En eso coincidía con Bartolomeo Vanzetti, un anarquista unos doce años mayor que él al que asesinaron en 1927 en Estados Unidos y que nació y creció a unos diez kilómetros de Fossano: a los quince años escribió ya que, por las noches, «después de dieciocho horas de trabajo [...] me parece tener brasas en los pies, de lo mucho que me arden».⁷² También Lorenzo vivió «con el sudor de [su] frente desde niño».⁷³ Y para ello se necesitaba una inventiva permanente, renovada una y otra vez. Naturalmente, no se puede descartar que estas actividades se ejerciesen en los márgenes de la legalidad.

Había nacido como Lorenzo «Perone» (con una sola erre) en el número 28 de *via Ospizio*, el domingo 11 de septiembre de 1904, a las «once antemeridianas», es decir, a la hora en la que el estóma-

go empieza a hacernos sentir el hambre. Tal vez por eso siempre fue ella la que lo guio. La noticia, obviamente, no tuvo relevancia alguna para la prensa local más allá del mero plano estadístico: Lorenzo era uno de los ocho niños y cinco niñas que nacieron en Fossano aquella semana.⁷⁴ Al Registro Civil, el padre, Giuseppe («de veintisiete años de edad, de profesión albañil»), llevó al día siguiente a varios testigos, entre ellos a su propio hermano, Lorenzo («de veintitrés años de edad, de profesión operario»). Ambos firmaron como «Perrone», con dos erres,⁷⁵ probablemente por la pronunciación dialectal del apellido «Perùn», que las personas analfabetas o semianalfabetas decían marcando bien la erre, hasta el punto de que sonaba como una letra doble.⁷⁶ Sin embargo, como descubriremos más adelante gracias a las tías de Levi, el «verdadero» apellido era, sin lugar a dudas, «Prùn».⁷⁷

También Lorenzo, que llevaba el mismo nombre que su abuelo materno y que su tío —quien fue su padrino en la ceremonia de bautismo, que se celebró al día siguiente—,⁷⁸ cometería el mismo error —pero ¿realmente se trataba de un error?—, ya que firmó como «Perrone».⁷⁹ Y es que, como evidencia su documentación de trabajo, en la que figura como Lorenzo «Perone»,⁸⁰ solo estudió hasta tercero de educación primaria. Aunque estaba bautizado, no era religioso ni conocía el Evangelio, según Levi.⁸¹ Escribía con dificultad, pero podía caminar largas distancias y había empezado a trabajar con diez años —como atestiguaron sus familiares durante la tramitación del reconocimiento del Yad Vashem—,⁸² supongo que en los meses de 1914 en los que estalló la Gran Guerra. Sin embargo, ignoro qué aspecto tuvo en su infancia.

Su hermano Secondo —el que llegó en último lugar— le contó a otro biógrafo de Levi, Ian Thompson, que Lorenzo era un «pesimista nato»,⁸³ pero es evidente lo mucho que en este intento de reconstruir una vida ha pesado el conocimiento de lo que pasó después, considerando que una de las últimas imágenes que hemos localizado de él es la que transmite el mismo Thomson en una entrevista que realizó en 1993 al antiguo párroco de Fossano, el pa-

dre Carlo Lenta: en los últimos años de su existencia, Lorenzo vendía chatarra en medio de la nieve, «sin chaqueta y con el rostro lívido».⁸⁴ Nunca supo olvidar, esta es una certeza.⁸⁵ Pero no podemos saber si ya a los diez años albergaba rabia y rencor.